

¿Medidas de la realidad social?

Algunas reflexiones para un (potencial) uso crítico de los indicadores sociales de bienestar

Mario Ortí

Profesor de Sociología, Universidad Complutense de Madrid

La soledad del indicador sin modelo de interpretación: el *asunto Roseto*, por ejemplo...

Hasta comienzos de la década de los años 1960, Roseto fue un pequeño y casi desconocido pueblo del estado de Pensilvania. A escala del subcontinente norteamericano, se encuentra situado no muy lejos de la costa este y de la frontera con Canadá y su población, proviene mayoritariamente de familias emigradas desde Italia. El *asunto Roseto*, su salida del anonimato y conversión en un casi milagroso ejemplo en materia de salud pública, se inicia cuando las estadísticas epidemiológicas lo señalaron como escenario de una potente anomalía nacional: sus habitantes disfrutaban de unas tasas de mortalidad cardiaca sorprendentemente bajas, muy inferiores a las de cualquier otra localidad de características similares dentro de los Estados Unidos y por debajo de la mitad del promedio del país.

Cuenta la historia¹ que el asalto al secreto de la envidiable salud cardiovascular de sus lugareños se ensayó en primer lugar a través de la fuerza bruta de la estadística y de su capacidad para correlacionar las principales variables externas disponibles: de la demografía al clima, pasando por los niveles locales de renta y consumo. Un primer fracaso explicativo que se tradujo en el envío de equipos epidemiológicos, trabajando ahora directamente sobre el terreno, pero todavía a la búsqueda de *causas eficientes* expresables mediante variables cuantitativas; fue el turno del estudio de la composición de la dieta local, de los –tampoco demasiado edificantes– niveles de consumo individual de alcohol y tabaco, sin olvidar la posible influencia de la configuración genética predominante.

No tendría por qué resultar demasiado relevante que la que fue finalmente aceptada como solución del enigma haya sido recordada en mayor medida desde el enfoque de la *medicina preventiva o comunitaria* (una perspectiva seguramente minoritaria, no sólo en sistemas sanitarios públicos amenazados por la privatización

¹ Por mi parte debo (y agradezco) al sociólogo Ramón Soria el primer contacto con la historia de Roseto a través de sus notas: «Qué hacemos los sociólogos. Papeles y usos de la investigación social», *Seminario en torno a la Praxis de la Sociología del Consumo*, Escuela de Relaciones Laborales, 6 de febrero de 2009.

y el desmantelamiento), que como un ejercicio de *investigación social aplicada*. En cualquier caso, lograr un salto “transductivo” entre las observaciones empíricas que se recogieron y un modelo específico de interpretación verosímil exigió una generalización que pasaba por una dimensión (social) irreductible a cualquier agregado de variables individuales: en aquella época, la vida cotidiana de Roseto se encontraba todavía caracterizada por *relaciones sociales de naturaleza cooperativa*. Unas relaciones *saludables* también *vascularmente*, facilitadas por el disfrute de un mínimo nivel de vida, hechas posibles por la pequeña escala poblacional pero, sobre todo, por la existencia de redes de solidaridad tejidas a partir de un origen común, expresadas en la existencia de relaciones familiares extensas y, finalmente, compatibles con el carácter reducido de las desigualdades sociales entre sus habitantes. Por eso mismo, que a partir de 1970 la incidencia de los accidentes cardiovasculares en Roseto convergiese hacia los promedios nacionales, ayudó a hacer verosímil aquel modelo de interpretación: a su vez, la pauta de las relaciones interpersonales en Roseto se había ido ya degradando progresivamente hacia el competitivo e idealizado *american way of life*.

Indicadores sociales, modelos de interpretación, visiones (metodológicas) del mundo

Vista desde 2010, esta historia puede todavía funcionar como un buen ejemplo de las limitaciones de cualquier conjunto de indicadores sociales para comparar realidades cualitativamente heterogéneas. Al menos, para hacerlo sin su articulación con un modelo de interpretación susceptible a su vez de conectar, en alguna medida, con las dinámicas históricas y estructurales de la totalidad social. Y si este segundo paso de un modelo sociológico de interpretación hacia la *totalidad en marcha* es también el problema, no sería tampoco extraño que la enseñanza que se extraiga de la historia de Roseto pueda terminar contribuyendo a un cierto tipo de cosificación de las relaciones de carácter comunitario, más allá de la capacidad operativa que el modelo fue finalmente capaz de alcanzar en su caso. Partiendo de la idea de *capital social*, este ejemplo ha sido una vía habitual para la reducción de las formas básicas de colaboración ligadas a la existencia de *redes sociales*, confianza interpersonal o participación cívica, en tanto *modos específicos de realización de una democracia liberal* que entiende la sociabilidad como un producto de los valores del mundo occidental. Y a su vez, por el camino de vuelta, nada más frecuente que la identificación reductiva de estos valores occidentales con un determinado nivel de vida.

La sección de internacional del diario *El País*,² se hacía recientemente eco de una investigación sobre el creciente peso de las «clases medias» en el mundo (sobrepasando ya los 1.800 millones de personas), gracias a su vertiginoso crecimiento en los *países emergentes*. En todo caso, lo preocupante para autor/es y el comentarista de la noticia, es que estas *clases medias* no se muestren ahora capaces de reproducir por sí mismas la dimensión (democrática) consustancial de la cultura occidental; «...más aquiescentes ante regímenes autoritarios que garanticen estabilidad, que ansiosas por conquistar nuevas parcelas de libertad. ¿Por qué no siguen el camino de sus antecesores occidentales?». ³ Al mismo tiempo, y bajando

² «¡Burgueses del mundo, uníos!», *El País*, 18 de marzo de 2010, página 8.

³ *El País*, *op. cit.*

«hacia el plano de *rango medio* del modelo operativo de interpretación, la tendencia mesocratizadora celebrada por el estudio puede ser vista como positiva y real (siempre dando por buena la definición manejada –una renta individual entre 10 y 100 dólares al día– y confiando en la homogeneidad de las fuentes estadísticas), solamente si ignoramos que el posible crecimiento de este grupo “intermedio” se produce en una mayoría de llamados *países emergentes* a costa de un enorme incremento de la desigualdad global.

En definitiva, por encima de los modelos operativos útiles para interpretar de forma más o menos verosímil un determinado material empírico, reaparece el problema de su inserción en una u otra concepción de la totalidad social, de los problemas del desarrollo, el conflicto o las relaciones sociales de dominación. En cambio, si la *cohesión* o la *colaboración social* es susceptible de ser entendida como un fin humano necesario y deseable, difícilmente puede ser *deducida* de unas determinadas condiciones ambientales, como tampoco, *medida* a través un conjunto de indicadores que determinen su intensidad por una vía operativa y neutral. También porque las circunstancias históricas no llegan nunca a ser absolutamente equivalentes, el problema de la construcción y el uso de indicadores sociales –hay que insistir– no puede ser abordado fuera de un esquema de interpretación, o en ausencia de un sujeto investigador. Precisamente, sólo el desarrollo de una *conciencia metodológica* subjetiva, como fruto de una determinada praxis colectiva permite asumir la pertinencia, limitaciones y el sentido de las metáforas (ideológicas) que presiden cada modelo referido a esa totalidad social. Como nos ha recordado permanentemente Jesús Ibáñez, las *medidas de la sociedad* no son sólo un producto mediato de los diferentes instrumentos utilizados sino, sobre todo, el resultado de un proyecto colectivo específico de investigación/intervención sobre la realidad social.⁴

El problema del desarrollo en el debate ideológico de las ciencias sociales durante el siglo XX

A partir de los años 1950, el desarrollo productivo de las sociedades (occidentales) de consumo de masas impulsó también el de los recursos para su gestión y racionalización. Junto a los medios masivos de propaganda y a la esfera mercantilizada de la opinión pública, se institucionalizaría el conjunto de herramientas de la mercadotecnia comercial y electoral: de la econometría a las escalas de opinión, pasando por el diseño de muestras estadísticas o la construcción de todo tipo de indicadores. Articulando todas ellas, un reforzado discurso propagandístico destinado a ensalzar la (democrática) opulencia material y comunicativa del nuevo modelo de sociedad. Un salto adelante hacia el sueño positivista de una *ciencia social sin saber*, objetiva y neutral, matematizada y desapasionada, ahora un poco más cerca de la posibilidad de definir cualquier hecho social como una correlación de índices estadísticos sucesivos.

⁴ Véase por ejemplo su singular artículo «[Las medidas de la sociedad](#)» (en *Revista Española de investigaciones Sociológicas*, núm. 29, CIS, Madrid, 1985), donde aborda el problema de un modo sistemático y sugerente, si bien es cierto que dejándose llevar un poco más que otras veces por su pasión hacia la taxonomía estructuralista.

En 1959 Ch. Wright Mills publicó *La imaginación sociológica*, un texto cuya centralidad para la denuncia de la tendencia cosificadora en la investigación social, todavía no ha sido superada en muchos aspectos. Como Mills señalaba, la floreciente industria de la encuestación construyó un modelo técnicamente superdesarrollado de ciencia social donde difícilmente podía haber lugar para síntesis entre *datos* y *teorías*. El manejo de los primeros —mediante un *empirismo* de carácter *abstracto*— resultaba básico para la gestión distributiva de los mercados políticos o de consumo: *cuántos* electores/consumidores manifestaban una preferencia revelada por *qué* productos. Mientras tanto, del lado teórico, el modelo tendía a elevarse progresivamente, alcanzando un enorme nivel de abstracción y complejidad. Una *gran teoría* —según ejemplificaron modelos como el de T. Parsons— reducida a su propuesta normativa de un sistema ahistórico de status/roles de encuadramiento de los individuos, y que cualquier sociedad debía tender a seguir cumpliendo una serie de etapas.

Sin embargo, en aquel contexto, la amplia cuestión del desarrollo a escala mundial fue precisamente el problema de las ciencias sociales que mejor pudo sustraerse durante un tiempo a esta tendencia hacia la escisión de lo teórico y lo empírico. La sangrante evidencia de (cuanto menos) las *velocidades diferenciales* de desarrollo de los países del centro y la periferia favoreció, entre otras medidas, la extensión de un amplio entramado de iniciativas de «cooperación» norte-sur destinadas a limitar los semiperiféricos agujeros de subversión en la geopolítica occidental. Pero al mismo tiempo, impulsando una primera ola economicista de indicadores de bienestar, obligó a un amplio esfuerzo intelectual para argumentar, calcular y prever la forma en que, tras sus respectivos despegues, los países de la periferia acabarían disfrutando de las ventajas desarrollistas del centro capitalista. Aunque W. Mills (1916-1962) nunca llegaría a verlo, la crisis de los años 1970 y su imposición de una conciencia social depresiva barrió aquel debate simultáneamente teórico y empírico sobre el desarrollo junto a los restos del optimismo desarrollista.

¿Poniendo la vida en el centro? Las nuevas generaciones de indicadores sociales de bienestar

Los años 1980 han sido a menudo definidos como una *década perdida* para el desarrollo de territorios semiperiféricos como América Latina. Seguramente, caracterizar de este modo el drama político vivido durante esos años en muchos países de éste y otros continentes, es ver algo más que medio llena la botella de su historia. Pero lo cierto es que pasado lo peor del doblemente violento ajuste ejercido sobre ellos, el propio declive de un modelo capitalista centralmente desarrollista, se convirtió en un elemento coadyudante más para el surgimiento de una segunda ola de indicadores de desarrollo. En 1990 comenzó a utilizarse por Naciones Unidas un nuevo Índice de Desarrollo Humano que, en alguna medida, intentaba merecer este nombre superando la centralidad economicista de un crecimiento cautivo de la dictadura del PIB. La esperanza de vida, las tasas de alfabetización de adultos y de matriculación en los distintos niveles de enseñanza acompañaron al PIB per cápita como nuevos componentes estadísticos en la definición de una vida digna.

El mundo podía ya dividirse en Estados agrupados en función de su posición en esta escala y graduarse los objetivos de desarrollo para las (antes llamadas)

periferias, como progresos objetivados partiendo de ella. Es igualmente cierto, que la historia del enriquecimiento de las dimensiones que formaban estos índices, tampoco se detuvo aquí. En los Objetivos del Milenio, Naciones Unidas desplazó su enfoque desde los datos agregados para el conjunto de la población de los países, hacia la situación específica vivida por las capas más miserables de cada uno de ellos. Pensando en esas capas, se definieron una serie de “objetivos” cuantitativos de reducción de la cantidad de *estos pobres entre los pobres de la tierra* afectados por algunas de las situaciones más dramáticas: entre ellas, la pobreza extrema, el hambre, el acceso al agua potable, las condiciones de vida de los barrios marginales de las grandes ciudades, el trabajo definido como denigrante, la no escolarización durante la etapa primaria, la mortalidad materna e infantil o la lucha contra el sida. Al mismo tiempo, además de estas situaciones específicas de la población más depauperada, se marcaron otros objetivos más o menos transversales, como la promoción de la igualdad entre los géneros y la progresiva autonomía de las mujeres —de momento, actuando sobre su presencia en la enseñanza—, o la incorporación del desarrollo sostenible a las políticas nacionales.

No resulta demasiado sorprendente que sólo unos pocos países de la *periferia* hayan conseguido por el momento cumplir los Objetivos del Milenio, mientras que sí parezcan haberlo logrado la gran mayoría de los pertenecientes al *centro*, con destacadas excepciones, como la de Estados Unidos. Eso sí, en estas circunstancias, el larguísimo plazo necesario siquiera para aproximarnos a este tipo de objetivos de mínimos, bien puede convertirse de nuevo en el origen de una duda acerca de la conveniencia de esbozar modelos de interpretación; al menos, en relación al problema empírico de la salida de los sótanos más profundos del subdesarrollo. Sin necesidad de echar de menos los *buenos viejos tiempos* de una teoría economicista del desarrollo centrada en la idea de un solo mundo separado en dos lados —el desarrollado y el subdesarrollado— tan sólo por el pequeño paso del *despegue económico*, cabe pensar que algo se nos está escapando si partimos y llegamos a este tipo de indicadores.

A modo de conclusión. Algunas determinaciones adicionales para la reconstrucción del problema del desarrollo

En algún sentido, una cierta *ambivalencia* parece la conclusión inevitable de casi cualquier balance histórico más o menos amplio. A favor de un tímido optimismo con respecto a una posible reconstrucción empírica del desarrollo, cabe observar al menos una tendencia casi recurrente de la *cuestión social global* a revisibilizarse ideológicamente por unos u otros medios, incorporando nuevas dimensiones en la agenda mediática e institucional. Por el contrario, los “optimistas bien informados”, podrán a su vez argumentar que el reconocimiento oficial otorgado a esa *cuestión eternamente pendiente*, no es sino un mínimo peaje a pagar por parte de un capitalismo cada vez más tensionado entre el “logro material” de la hiperabundancia de bienes de consumo y su incapacidad para moderar los efectos de la radical irracionalidad consustancial a su lógica elemental.

En todo caso, y dado que no se trata de optar de manera definitiva por ninguno de estos dos polos, el problema de la busca de formas de determinación de los procesos sociales sigue abierto. Más acá de la teleología economicista de la

«acumulación para todos» —pero también de la relativista deconstrucción de cualquier noción de progreso colectivo—, igualmente, más allá de la ingenua pretensión de objetivar una medida operativa universal de lo social. Otra cosa es que, para algunos, la necesaria revitalización de un sólido componente de interpretación empírica dentro de la crítica social se esté viendo precisamente lastrada por la fragmentación ideológica del mundo posterior al debate del desarrollo. En la década de 1960, no muchos pudieron prever que el Banco Mundial marcaría tendencia abriendo el siglo XXI con un informe titulado «Las voces de los pobres. ¿Hay alguien que nos escuche?», repleto no ya de curvas de crecimiento y previsiones macroeconómicas, sino de etnográficos testimonios de la vida cotidiana de personas sin recursos, junto a relatos pormenorizados de microproyectos de desarrollo de los que han sido protagonistas y beneficiarios.

Como Perry Anderson ha observado,⁵ la desestructuración general de la propia *teoría social crítica* occidental fue otra más de las consecuencias del periodo de (permanente) ajuste que sucedió a la crisis capitalista de los años setenta. Seguramente, un primer paso —la *deriva teorizante*— se había venido fraguando ya como producto del alejamiento con respecto a la arena de la *praxis* política, en el seno de una sociedad progresivamente burocratizada. Centradas de un modo narcisista sobre la situación específica de occidente, perspectivas como las de M. Foucault o J. Derrida, fueron las que —apuntaba Anderson— completarían el viaje iniciado con el estructuralismo marxista hegemónico hasta los años setenta. Si para éste las estructuras de dominación hacían desaparecer cualquier posible papel de la acción humana colectiva (o lo que es lo mismo, del componente *subjetivo*), bajo el paradigma posestructuralista la voluntad personalista del sujeto se convertía finalmente en el único principio estructurante de lo real. Por eso, y a partir de los años ochenta, la convergencia teórico-metodológica de buena parte de la teoría crítica con respecto al campo funcionalista superó a la que hubiera tenido lugar en cualquier otra etapa histórica. Sólo de este modo, podría llegar a consumarse un penúltimo paso de la evolución ideológica del *problema del desarrollo* y de la ruptura de su conexión estructural con cualquier modelo global de sociedad. Lo pequeño era ya necesariamente hermoso y (sólo) lo personal político.

Un mundo ideológicamente globalizado —y al mismo tiempo en crisis estructural— es casi por fuerza un mundo que apenas es capaz de pensarse a sí mismo más que de forma fragmentaria. Por ahora, las síntesis no podrán venir sino de una *praxis* hacia la rearticulación de teoría y *empiría*, persiguiendo nuevas respuestas mientras, en alguna medida, siguen cambiando las preguntas del desarrollo.

Por eso, un programa de revitalización para unas ciencias sociales críticas, seguirá teniendo todavía un lugar central en esa *cuestión del desarrollo*, en tanto articulación de la esfera de valorización ampliada del capital y de los límites que, desde abajo y el exterior, le marcan el trabajo concreto y la biosfera⁶. El que para

⁵ Especialmente, en su obra *Tras las huellas del materialismo histórico* [e.o. 1984], edición castellana de Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1986.

⁶ Para el caso español, un intento singular de presentar una primera sistematización del conjunto de indicadores sociales disponibles especialmente abierta a la re-elaboración posterior de diferentes modelizaciones

ello utilicemos unos u otros indicadores cuantitativos, o bien otras formas de aproximación a lo empírico parece, en definitiva, una cuestión secundaria que únicamente es posible abordar de forma concreta.

interpretativas del actual periodo de crisis, es la realizada por el Colectivo IOE en el [Barómetro Social de España](#). Completamente accesible en la red, el «Barómetro» –llevando en alguna medida el término más allá de su habitual uso positivista– recoge datos de un amplio conjunto de ámbitos sociales para el periodo 1994-2008.